

Marcelo Figueras

El muchacho peronista



Marcelo Figueras

El muchacho peronista

Alfaguara

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Yo lo había hecho para ser espiritual en la carne; y he aquí que se ha vuelto carnal hasta en el espíritu.

Bossuet, *Elevaciones*

LIBRO PRIMERO

Un barco lento hacia la China

Uno

Nací el 20 de abril de 1925, en el número 96 de la calle Enseñada. Una casona pintada de blanco, en el rincón de Floresta que linda con Flores. El acta de bautismo se refiere a mí como Roberto Hilaire Calabert. El Hilaire, me han dicho siempre, responde a un capricho de papá. Nunca llegué a preguntarle al respecto: desapareció de mi casa al cumplir yo dos años. No conservo ningún recuerdo de él, de Alfredo Calabert, más allá de algunas imágenes que no sé si responden a lo que recogieron mis ojos o a la suma de anécdotas que me han contado una y mil veces, memorias ajenas de las que me he apropiado. La familia —mamá Matilde, mi hermana Matildita, los tíos Sara y Pedro— dice que papá murió. Pero no es cierto. Se fue, apenas. Algo lo impulsó, un día, a salir para no volver.

A veces miro a mi madre, la espalda encorvada, esos ojos como de cordero que esconden un alma capaz de ser cruel, y creo comprender a papá. Pero no me engaño: debe haber algo más, un motivo, una explicación inapelable. De todos modos, jamás me animé a dudar en voz alta de la historia que fraguó la familia: Alfredito murió, Dios lo tenga en su gloria. Matilde es viuda. Los niños, huérfanos.

Había un retrato a un costado del espejo del cuarto, al que mamá fingía venerar como se venera a una estampa. Esa es la única imagen que tengo de papá. Cabello negro, peinado a la gomina; con un pico que le nace en medio de la frente. Cejas como alas sobre ojos oscuros. Una nariz huesuda. Y la mandíbula echada hacia atrás, como en un hombre que se apresta a saltar. Ese es mi padre. Eso es todo lo que sé de él. Lo que veo. Lo que he visto.

El día de Año Nuevo de 1938 amanecimos en lo de mi tía María Luisa, la hermana de mamá y de Sara, que se había casado seis meses antes y vivía en una casa con jardín al 4400 de Segurolo. Era una delicia, mi tía María Luisa. Alta, con estampa de amazona —de hecho montaba, y bien—, le gustaba mostrarme sus botas de caña alta, que hacía lustrar todas las semanas, las usara o no. Mi madre era la doliente, Sara era la mujer responsable que trabajaba en el Banco Holandés y María Luisa la juguetona, un torrente de risas y palabras solo interrumpido de tanto en tanto por una tosecita que nunca curaba del todo.

A eso de las once de la mañana estaban todos en pie. Mi hermana Matilde había desplegado un ejemplar de *La Nación* sobre la mesa de roble del comedor, y leía con atención uno de los suplementos. El artículo se titulaba “Cómo deben tomarse los baños de sol”. A Matildita —o Beba, como la llamaban en casa— se la suponía toda una señorita, pero en verdad enloquecía con *Carlitos y su barra* o las viñetas de Geo McManus, que leía diariamente a escondidas o, en su defecto, ante la presencia de un único intruso: yo, el menor de la familia, el hermano de pantalones cortos. Pedro desayunaba en la cocina. De pie, aferrando una taza llena de sidra con las manos, apuraba el contenido antes de que Sara saliera del baño y descubriera que aquello no era café, y mucho menos leche. Hugo, el marido de María Luisa, ya había abierto el mapa asiático sobre el escritorio de su estudio, y marcaba con una pluma los últimos movimientos del ejército japonés sobre territorio chino: avanzaban sobre Tsingtao, sobre Weu-Hsien, y en las montañas del Caballo Blanco y de los Mil Budas.

Pedí un café. Mamá me sirvió un Toddy.

Tenían entradas para ver a la Xirgu en *Doña Rosita la soltera*, esa misma tarde de Año Nuevo, en el Fénix. Iban a ir mamá, Sara, Pedro, María Luisa y Beba, que ya era una dama y debía asistir a eventos acordes a su edad. Robertito, el nene, se quedaría a pasar la jornada con Hugo. Lo único que me molestaba era que ni siquiera concibieran la idea de dejarme solo en casa, a pesar de las pocas

cuadras que separaban Ensenada del teatro. Me paseé por todos los cuartos en mi pijama azul con los pantalones insólitamente largos. Pedro me ofreció un trago de sidra. Me hizo reír. Los días en que no funcionaba la Bolsa de Comercio parecía perdido.

A mediodía el aire del verano lo había encendido todo, y todo era blanco o por lo menos reflejaba ese blanco incandescente. Yo me decía que ese era el aspecto que mostraría el mundo en sus últimos días. No sé si a causa de esas fantasías o del aburrimiento — desde el final de las clases no frecuentaba a nadie de mi edad, lo cual en cierto modo me alegraba: yo no era, precisamente, el más popular de los alumnos—, el hecho es que mi ánimo estaba tan sensible como una cuerda de violín. Al menor roce, lloraba. Lloré cuando sonaron las campanas del Año Nuevo. Lloraba con los radioteatros, sin parar. Y la perspectiva de la adultez no me gustaba nada: sería como regentear un bazar de vajilla fina y tener las uñas larguísimas, kilométricas, curvas de un mandarín.

Almorzamos pastel de papas sin pasas de uva —se habían acabado en la preparación del pan dulce—. Después sobrevino la ocupación del baño por parte de las mujeres, en el orden estricto que habían pactado. A pesar del acuerdo, lo desquiciaban todo con sus gritos, risas y las sucesivas oleadas de perfume que se colaban desde los cuartos.

Me apropié del diario y fui derecho a las últimas páginas. En la viñeta Carlitos no dormía, de entusiasmado que estaba con la lectura de un libro de piratas. Cuando llegaba su madre a levantarlo, por la mañana, lo encontraba lívido, ojeroso, como si su cama hubiera sido uno de los galeones asaltados por los corsarios.

Se fueron al teatro a las cinco menos cuarto, en el flamante Renault Celtaquatre de Hugo. Yo seguía en pijama y les decía adiós desde el umbral con la cara marcada por pintura de labios, la de Sara, la de María Luisa y la de mamá, que me besó mil veces.

—¿Querés un cigarrillo? —dijo Hugo, una vez cerrada la puerta cancel. Desconfié. Sabía que él no iba a contárselo a mamá, pero mi aceptación le hubiera demostrado que yo era un pibito desespera-

do por jugar al hombre grande. Además Hugo, el dueño del Celtaquatre, de la casa de dos plantas y del hotel en el que yo, se suponía, pronto iba a comenzar a trabajar, fumaba unos Vuelta Abajo que apestaban. Dije que no. Pero acepté una copita de licor. Hugo abrió una botella de 8 Hermanos y me invitó al estudio.

—¿Por qué hacés eso? —pregunté, señalando el mapa.

Sonrió. Tenía una bella sonrisa y unos dientes desaparejos.

—No sé muy bien. Por lo pronto, me divierte. Los trazos negros corresponden al ejército japonés, ¿ves? Estas son las columnas comandadas por Chiang Kai-shek. A veces hago apuestas conmigo mismo sobre los próximos movimientos. ¿Querés jugar? Te apuesto a que hoy cae Shantung. Esta ciudad, ¿ves?

Yo lo ignoraba todo sobre la geografía china, sobre la guerra moderna, sobre el efecto de las heladas de enero en el avance de las tropas. Sin embargo, acepté la apuesta: un paquete de Vuelta Abajo.

Hugo se sentó en su sillón y me dejó frente al mapa. Yo miraba aquí y allá, desordenadamente, como quien observa el tablero de un juego nuevo sin saber cuáles son las reglas.

—Cuando era pibe —dijo mientras yo sobrevolaba Mongolia—, tenía una obsesión por la China, vaya a saber uno por qué. Hay gente a la que le da por el fútbol, y se saben el fixture de todo el campeonato como si fuera el himno nacional, o son capaces de recitarte de memoria todas las formaciones: Poggi, Sirne, Cuello, Iribarren, qué sé yo. A mí me daba por la China. Quizá por contagio de Marco Polo. Yo suponía que en esta vida había algo que merecía ser buscado, perseguido, y ese algo, esa llave de todos los cofres, debía estar en China. En Catay. Marco Polo y el chambón de Colón buscaban algo físico, tangible. Yo pensaba que había algo más, una regla de vida, una frase en clave escrita sobre el muro de algún templo, y la quería para mí. No buscaba oro; mi viejo tenía y bastante, y por supuesto no iba a tomarme semejante trabajo para comprobar si era cierto que los chinos conocían la pólvora o los fideítos y los hacían mejor que los tanos. Quería rajarme a la China. Miraba los

diarios todos los santos días, buscando un buque que fuera en esa dirección. En general había barcos para cualquier parte: Lisboa, La Habana, Ciudad del Cabo, pero nunca para la China. Cuando encontraba uno me emocionaba hasta las patas y después me descomponía del terror. No podía moverme. El barco se iba y yo seguía en cama, afiebradísimo y con la vieja cambiándome las compresas de la frente mientras yo deliraba con Catay y la mar en coche. En algún momento me propuse construir yo mismo un barco, un verdadero sampán, pero por supuesto nunca moví un dedo. Y aquí estoy. Supongo que eso explica muchas cosas. Pero qué sabrás vos, pajarito. Tomate el 8 Hermanos que te sirvo otro —dijo, dejando el sillón y acercándose al campo de batalla—.

Jugamos hasta que cayó el sol. Hugo se apiadó de mis bostezos y escogió un libro, las *Elevaciones* de Bossuet. Cuando se durmió, sucumbiendo no tanto al medio litro de 8 Hermanos como a la presión que sus sueños hacían por salir, apagué la luz del estudio y lo dejé solo.

No tenía otra ropa que la que había traído puesta la noche anterior. Ropa de fiesta: zapatos abotinados, medias blancas hasta la rodilla, trajecito gris con pantalones obviamente cortos, camisa, gemelos, corbata, traba. Me vestí igual, aunque no fuera lo más adecuado para jugar en la calle. El espejo de María Luisa me alertó sobre las mariposas rojas que los labios femeninos habían dejado en mis mejillas.

Estuve un buen rato sentado en el umbral. Había tres pibes pateando en plena calle una pelota hecha con medias. Me relojearon, consideraron, supongo, la posibilidad de invitarme para jugar un dos contra dos, y en ese preciso momento la madre de uno de ellos les gritó que entraran. Ya no eran horas para que los pibes anduvieran por la vereda.

Yo amagué entrar, también: estuve a punto de obedecer a la madre aquella y volver al cubil. Asomé la cabeza en el comedor. Nada. Ni el vuelo de una mosca. Hugo seguía intentando acceder a la China por la puerta de sus sueños. Cerré, y regresé a la calle.

Anduve por Segurola, canchero, silbando con las manos en los bolsillos y mirando siempre hacia abajo. Pensaba en mi casa, en la casa de mi madre, y la recorría mentalmente, obligándome a “verla” otra vez como quien recuerda a alguien que acaba de morir para forzarse a las lágrimas, a la pena, al dolor. Pensé en ese cuarto en el que había leído por primera vez *Los tres mosqueteros*, mientras afuera llovía a cántaros. Pensé en los jarrones chinos. En los estantes llenos de las chucherías traídas de Europa. En el comedorcito diario, donde estaban los libros de inglés y la ventana con mosquitero. Una vez reventé un moscardón negro contra el tejido de alambre. Del vientre le salieron larvas blancas, infinidad de gusanitos, todos vivos. No sentí nada. Ninguna piedad. Imaginé que mi madre sí sentía, que lloraba la desgracia de Doña Rosita y se preguntaba por qué los hombres a los que se abrazaba terminaban escapándose. Pobre mamá. Ni siquiera García Lorca le daba un respiro.

Así llegué al paso a nivel, y ahí me quedé. La garita estaba del otro lado, cruzando las vías. Podía ver los pies del guarda, laxos, apuntando hacia puntos cardinales opuestos. El hombre tenía la calma de un ajedrecista o dormía la mona: la sidra es liviana pero no tanto como el agua, y según decían los diarios, los puestos municipales habían vendido más de treinta mil litros en los últimos días.

Decidí no cruzar. Temía no saber después cómo volver a lo de María Luisa.

Los grillos se enardecieron hasta que no oí otra cosa que su canto y los busqué con los ojos, en los pastizales que escoltaban las vías. Se venía la noche, y yo la veía venir. Era un portento en sí mismo. Clavaba la mirada en algo —los pies del guarda, la vía, la barrera—, la dejaba ahí, y cada vez veía menos: los dedos de la oscuridad borroneaban todos los trazos. Pensé que era así como uno ve cuando muere con los ojos abiertos.

Entonces vino el tren, despacio, borrachito, y se quedó ahí, frente a mis ojos. Era un tren de carga, de esos que llegan a tirar más de cuarenta vagones. El guarda seguía durmiendo: había dejado la barrera baja para que nadie muriera atropellado, y reposaba en paz

con su conciencia. Yo no sabía si el tren iba a Once, a Retiro, a Constitución, o si venía de allí. Horas más tarde descubriría que el tren apuntaba al sur, rumbo a Junín y más allá.

Pero entonces lo ignoraba todo. Trepé a la escalerita de un vagón cisterna que olía a vino. ¡Fue tan fácil! En cuestión de segundos, el tren se iba y yo, boqueando como un recién nacido, me iba también.

Dos

Empecé a tener frío. Era una típica novecita de verano, ideal para manga de camisa y mesa de truco en el patio, pero yo tenía frío. El tren aumentaba la velocidad. Una brisa fresca hacía ondular las mudas de ropa interior colgadas en el fondo de las casas: me decían adiós. Alguna gente picoteaba los restos de las comilonas de fin de año, pollos ya trozados, pandulces enseñando ombligos de fruta abrillantada. Inocente de mí, yo presumía que el tren iba a llegar a Retiro u otra de las estaciones grandes y allí me obligaría a buscar un modo de volver a casa —después, claro, del susto mayúsculo provocado a mi madre y el problema aún mayor en que había metido a Hugo—. Pero las casas parecían cada vez más humildes, las calles perdían luces y el número de terrenitos aumentaba kilómetro a kilómetro. Más corrales con gallinas. Más parrales. Más potrerros. Comencé a sospechar que el tren estaba lejos de hacer un alto, y sentí más frío. ¡Si estaba paradito como un granadero, sobre un vagón cisterna, con el viento chumbando en mis rodillas desnudas!

No podía tirarme. Me hubiera matado.

Las conjeturas sobre destinos posibles no tardaron en aturdirme. ¿Estaba yendo hacia el Chaco, hacia la selva? ¿Y si el tren me dejaba en La Pampa, en pleno desierto polvoriento? ¿Y si me dirigía al sur, al extremo austral del continente? ¡Moriría de frío! Temblé, por todo. Las manos comenzaron a fallarme, los nudillos palidieron al cerrarse sobre el travesañ de metal de la escalerita. Pasamos de largo por la estación Sáenz Peña. Las suelas de mis botines resbalaban de su sostén. Si quería sobrevivir, si quería llegar a alguna parte, por más remota que pareciera, debía pensar en una solución. A la

intemperie solo lograría congelarme, o sucumbir al sueño y romperme la crisma en algún pedregal.

Mi vagón estaba unido a otros dos vagones cisterna. Por delante y por detrás también había vagones de carga convencionales en los que podría encontrar un refugio. El único requisito era llegar hasta ellos. Pero ¿cómo podía lograr yo, el alfeñique, saltar de un vagón a otro, en plena noche y a toda máquina? Por lo pronto, subí dos escalones con sumo cuidado y me agarré de la baranda que recorría todo el perímetro del tanque. Así, malamente sentado en el tope de la escalera y con un brazo enganchado en la barra de metal, pude relajarme por primera vez desde que me encaramé al tren. Me dolía todo el cuerpo. En la penumbra alcancé a ver la red de venitas azules que se destacaban bajo la piel de mis piernas. Pasamos por una estación que no pude identificar. Después vino Caseros, y así como vino se fue: un rayo.

Consideré la posibilidad de seguir tal como estaba hasta que el tren se detuviera o aminorara la marcha, pero la deseché enseguida. Podía leer la noticia en las páginas interiores de *La Nación*: "Joven halla infausto fin", e imaginarme muerto, con el brazo inerte engarfiado en la baranda, el semblante gris y la lengua colgando fuera de la caja dental. Helado. Lejos de Catay. No quería morir, así que comencé a moverme lentamente hacia el extremo del vagón cisterna. No llevaba líquido: sonaba hueco. Deslicé las manos sobre la barandilla e hice pie en la escalera. Después apoyé los zapatos en la base de pirámide truncada sobre la que encajaba el tanque. Patinaba. Todo dependía de la fuerza de mis brazos. Si cedían, me iría de cabeza a las vías y mi cuerpo sería despedazado por las ruedas de docenas de vagones.

Cuando llegué a la punta del tanque respiré, dejé de contraer los brazos y los estiré todo lo que pude, casi dejándome caer. Mis pies alcanzaban a tocar el guinche que unía el vagón cisterna con su pariente de adelante. ¡Podía hacerlo!

Una curva cerradísima, no sé con precisión en qué punto del trayecto (¿Bella Vista? ¿Muñiz?), obligó al maquinista a aminorar la

marcha lo suficiente como para estimular mi ánimo. Me lancé. Dos pasos. ¡Ya estaba prendido a la baranda del nuevo vagón! De allí en más, procedí con la velocidad y la inconsciencia de mis años: ya lo había logrado una vez, así que rodeé el nuevo vagón con más suficiencia que habilidad y me ubiqué, por fin, cara a cara con un vagón común y corriente, de carga, con puertas laterales. Debía trepar al techo, si es que pretendía entrar por alguna de esas puertas.

Subí las escaleras. Pero, una vez sobre el techo, descubrí que la puerta lateral estaba cerrada, cerradísima, y que desde mi precario atalaya no podía hacer la fuerza suficiente como para abrirla. Me dije: el próximo vagón. ¡El juego me estaba gustando tanto, que ni frío sentía! Así me lancé sobre el otro vagón, ligero, como sostenido por ángeles, y esta vez sí tuve suerte. Las puertas estaban de par en par y el vagón parecía vacío.

Ahora, para descolgarme, debía tener el mayor de los cuidados. Dejé que mis piernas colgaran en el vacío —el frío había vuelto a torturarme— y me agarré del zócalo de madera que iba a officiar de barra, como en el trapecio; me balanceé, primero lentamente, después con ímpetu. Entonces me solté, y caí de espaldas, como piedra. El golpe me dolió, en especial en la cabeza, y mi vista se oscureció: moría con los ojos abiertos. Pero había placer en la semiinconsciencia. Mis dedos reconocieron sobre el piso un material húmedo, suave, como estopa. Creo que dormí, incluso soñé que rompía platos y copas en un bazar y nadie me retaba.

Cuando desperté seguía en la misma posición, tendido con los brazos en cruz. Era de noche todavía, y ya no se veían casas ni luces en el exterior: apenas pajonales y alambradas detrás de las que se adivinaban sembradíos. Tenía hambre. Y frío. Me arrastré hacia un rincón y me eché encima cuanta estopa pude. Así estaba mejor.

Después de quién sabe cuánto tiempo, oí pasos sobre el techo del vagón. ¿Hay guardas en los trenes de carga? No lo sabía entonces, no lo sé hoy. Pero me dije que no era lógico: no hay circulación posible en un tren así, a no ser que uno se ponga a prueba con las